

El discurso antillano o un nuevo viaje de retorno al país natal

Gustavo Ramírez Torres
Universidad de Chile, Chile
ramirezgustavot@gmail.com

RESUMEN: El presente artículo explora desde un punto de vista crítico los más importantes conceptos que desarrolla el intelectual caribeño Edouard Glissant en su obra capital *El discurso antillano*. Un énfasis en la lectura que propone el artículo corresponde a la continuidad y ruptura que el autor establece con sus predecesores Aimé Césaire y Frantz Fanon. De este modo, se rescata una veta política del trabajo de Glissant que ha sido desplazada por los planteamientos de sus trabajos posteriores, mucho más alejados del contexto caribeño y más próximos a los postulados del posestructuralismo francés.

PALABRAS CLAVE: pensamiento antillano, colonialismo, pulsión mimética, asimilación.

CARIBBEAN DISCOURSE, OR A NEW RETURN TRIP TO THE NATIVE COUNTRY

ABSTRACT: The present article explores from a critical point of view the most significant concepts developed by the Caribbean intellectual Édouard Glissant in his most important work *The Antillean Discourse*. The article proposes a lecture which emphasizes in the dynamics of continuity and rupture that the author establishes with his predecessors Aimé Césaire and Frantz Fanon. In this way we proceed to rescue a political vein of the work of Glissant that has

been displaced for the approaches of his later works, much further from the Caribbean context, and closer to the postulates of French poststructuralism.

KEYWORDS: Antillean thought, colonialism, mimetic drive, assimilation.

Figura clave para entender el desarrollo del pensamiento antillano durante la segunda mitad del siglo xx, la trayectoria política e intelectual de Edouard Glissant es tan profusa como interesante. Conocedor y crítico de la obra de Aimé Césaire y Frantz Fanon, con quienes trabajó una esporádica relación en distintos períodos de sus años de formación, cofundador del frente antillano-guyanés, por el cual es perseguido y arrestado en Guadalupe, y principal influjo para la nueva camada de escritores martiniqueños reunidos bajo el concepto de la *creolité*, su obra no solo desafía, sino que impugna aquella concepción racista de que la filosofía es un disciplina vedada a los pensadores no blancos.

No es que *El discurso antillano* (1981) sea un texto completamente distinto del resto de la producción de Glissant. Es más, desde el temprano *Sol de la conciencia* hasta los *Tratados del todo-mundo*, el autor ha desarrollado un pensamiento bastante cohesionado y por tanto rastreable. Verbigracia de esto, pero también del absoluto control que ejerce sobre su obra, es que su estilo se traslapa con su teoría. En otras palabras, el *pensamiento archipiélago* se transfigura en la estructura textual de sus ensayos. En ellos, fragmentación e hibridez trasuntan las potencias del concepto.

Existe, sin embargo, una disposición peculiar de elementos dentro de *El discurso antillano* que lo convierte en un trabajo capital al interior de su trayectoria. El principal de ellos es la centralidad que adquiere la problemática caribeña, y particularmente la situación de Martinica, en la elucidación teórica. Este anclaje en las dinámicas insulares concretas activará un lenguaje político que problematizará tensiones de inmenso provecho para el debate antillano secular. Como aquellas que surgen en la categoría de clase cuando esta se encuentra inserta y condicionada por las lógicas coloniales. O también las contradicciones que afectan la psiquis del sujeto colonial a partir de la departamentalización y las políticas asimilacionistas del gobierno martiniqueño durante las últimas décadas del siglo xx.

No exagero si digo que en pocas ocasiones se ha alcanzado un nivel de análisis tan prolijo, complejo y cabal acerca la orgánica social de una

población sometida a un régimen colonial prácticamente “exitoso” (147)¹ como lo es Martinica. El Glissant de *El discurso antillano* es un observador implacable, un analista mordaz y un revisionista al acecho. En él confluyen lo mejor del pensamiento crítico de los grandes intelectuales del período anterior, en especial de Frantz Fanon y Aimé Césaire.

Habría que comenzar por reconocer la complejidad de una obra como *El discurso antillano*. Para lograr resumir sus principales propuestas teóricas, propongo una exposición que se concentre en tres ejes principales. El primero y más extenso de ellos dará cuenta, por medio de varios apartados, de un conjunto de conceptos que el autor elabora a partir del análisis crítico del espacio histórico-social martiniqueño. A continuación, se revisarán dos grandes vertientes que cruzan el pensamiento antillano. Me refiero a la literatura y a la historia que se encuentran analizadas con suma perspicacia y originalidad dentro de las propias disquisiciones que presenta el autor en el libro. Para finalizar, se presentarán algunas evaluaciones que pretenden disputar la recepción despolitizada que se le suele dar a la obra en extenso del intelectual caribeño. La hipótesis de esta conclusión es que *El discurso antillano* ha sido comúnmente desplazado por la obra tardía de Glissant, cuyo interés se aleja del diálogo con los grandes pensadores caribeños (Césaire y Fanon) y abandona la conceptualización situada y anticolonial del texto publicado en 1981.

MADE IN MARTINICA

A pesar de que el análisis que propone Glissant en *El discurso antillano* se compone de una cantidad exuberante de ensayos, recogidos de conferencias dictadas en diversas instituciones, o bien de publicaciones que realizó el autor en la revista *Acoma* que contribuyó a fundar, intentaremos practicar un orden que procure sistematizar sus argumentos. Esta organización de sus postulados es artificial, pues en el texto se encuentran imbricados en una nervadura compacta.

Comencemos por precisar que, a diferencia de las obras posteriores del autor, *El discurso antillano* presenta un desarrollo conceptual generado a partir

¹ De aquí en adelante, a menos que se indique lo contrario, todas las citas de Glissant corresponden a *El discurso antillano*.

de la observación cáustica de las especificidades acontecidas en el interior de la sociedad martiniqueña. Es decir, si la estructura teórica durante la década de los noventa obedece a lógicas que construyen posiciones sustancialmente opuestas, mediante la organización de términos polarizados² (pensamiento de sistema/pensamiento del rastro), acá nos encontramos con categorías que, sin dejar de considerar el factor colonial como un elemento nodal dentro del análisis crítico, son capaces de describir las características propias del proceso sin recurrir a abstracciones omnímodas ni binarias.

En primer lugar, habría que subrayar el momento histórico o, más bien, la conciencia e intención hermenéutica desde la cual escribe Glissant. Para el autor, la departamentalización de la isla de Martinica acontecida en el año 1946 inicia un período social que amenaza las opciones de conformar una identidad insular autónoma. Este momento llevará por nombre “asimilación”. Las políticas económicas aplicadas durante esta etapa responden a prácticas consuetudinarias de dependencia, definidas y ejecutadas por la metrópolis francesa desde los albores del sistema colonial. De esta manera, Glissant propondrá cuatro estrategias de sujeción económica con las que el colonizador ha perpetuado y perfeccionado esta modalidad a través del tiempo (73-81).

En un comienzo se trató del “trueque”, que consistía en la permutación onerosa de materias primas extraídas en la isla a cambio de los productos manufacturados en la metrópolis. A continuación, sucedió a este una etapa de “pseudoproducción”, que no era otra cosa que la implantación de una industria incipiente que, sin embargo, nunca se desarrolló de manera integral, pues formaba parte de una planificación que buscaba esterilizar las fuerzas productivas. Con el tiempo, esta última se convirtió en una “producción pretexto” (no autónoma), que le permitió al capitalismo francés instalar un sistema denominado de “intercambio”.

Este estadio, que es desde donde el autor está enunciando, se caracteriza por la instauración de un modelo terciario, en el que se intercambian créditos públicos por beneficios privados. Es decir, se consigue imponer una estructura económica que privilegia la prestación de servicios por sobre la inyección de

² Para un análisis más exhaustivo acerca de esta estructura basada en términos polarizados en el pensamiento tardío de Glissant, se puede revisar el capítulo “Poética de lo diverso, la erosión conceptual” de mi tesis para optar al grado académico de magíster: “Patrick Chamoiseau y Edouard Glissant, problemas y desafíos de los intelectuales caribeños de la segunda mitad del siglo xx”.

capital a la producción insular. Como es de esperarse, las consecuencias de estas políticas metropolitanas lograrán penetrar otros ámbitos del desarrollo social de Martinica.

Como se aprecia, la asimilación planteada por Glissant consiste en un proceso tan complejo como profundo. No se trata ya de la cruda racialización que se experimenta en el viaje a la metrópolis, como lo registraron Césaire y Fanon, sino de una mucho más tectónica y rapaz. En él, la piel del colonizado no es ya causa de repudio, sino que está escamoteada de la posibilidad de construirse en tanto experiencia, elidida dentro de un relato de identidad unívoco y exógeno.

ECONOMÍA Y CULTURA: DE LA IRRESPONSABILIDAD TÉCNICA A LA PULSIÓN MIMÉTICA

Llegado el momento de dirimir el estado en el cual se encuentra sumida Martinica, Glissant será taxativo: “Estamos frente a una economía de consumo sin producción real” (84). Para el autor, esta premeditada y sostenida anulación de los sectores productivos tendrá como resultado una paulatina, aunque implacable, renuncia por parte de la sociedad martiniqueña a concebirse como sujetos territoriales. Esta defección general ante la posibilidad de alcanzar una “conciencia para sí” que pudiese aspirar a la consecución de proyectos autónomos, Glissant la denominará “irresponsabilidad técnica”.

Esta abulia mórbida y general responde a la interiorización de prácticas coloniales naturalizadas por la colectividad insular. Su raigambre consiguió neutralizar potencias creativas que en ciertos episodios históricos promovieron verdaderas revoluciones culturales. Hitos que albergaron fuerzas llamadas a convertirse en los posibles basamentos que sostendrían movimientos sociales independentistas. Ejemplos de estas hazañas comunitarias son la cimarronería y el incipiente comercio interno que en alguna oportunidad germinó en la isla.

Ahora bien, para Glissant el triunfo de esta irresponsabilidad técnica viene de la mano del éxito de las políticas de asimilación llevadas a cabo a partir de la departamentalización de Martinica. Este consentimiento tácito a delegar la producción a la metrópolis es el causante de un sinnúmero de carencias que afectan el desarrollo de la población martiniqueña.

En primer lugar, obliga a plantearse el conflicto de clases desde una óptica colonial, donde el enfrentamiento entre estos bloques sociales se encuentra sobredeterminado por el elemento metropolitano. En otras palabras, nos encontramos frente a un territorio en el que cohabitan clases no funcionales. La dilucidación de sus pugnas resulta absolutamente estéril si no se toman en cuenta las lógicas impuestas por el capitalismo francés. Esto genera una estructura social artificial: las burguesías no productoras, que se desempeñan en el área de prestación de servicios públicos instituida desde Francia, no poseen la suficiente autonomía para erigirse como una clase determinante dentro del esquema de fuerzas que entraña una sociedad capitalista. De igual modo, aquellos sectores que pudiesen conformar un bloque productivo descolonizador, tal es el caso de los agricultores, se encuentran divididos y disminuidos por las políticas metropolitanas, que los relegan a segundo plano dentro de los marcos económicos coloniales.

Este diagnóstico de las características particulares de la situación insular recuerda mucho el análisis hecho por Frantz Fanon respecto del papel de las burguesías dentro de la situación colonial argelina en *Los condenados de la tierra* (1961). Con la diferencia que Glissant evita condenar la complicidad entre las burguesías nacionales y las instituciones metropolitanas, precisamente porque para él no ha existido una verdadera dimensión “nacional” de estos actores sociales dentro del sistema martiniqueño.

Del mismo modo, es posible identificar vínculos con el pensamiento de Aimé Césaire en su reflexión. Sobre todo si pensamos en aquel momento en *El discurso sobre el colonialismo* (1955) en el cual el autor detalla cuáles son los lineamientos constitutivos del proceder colonial, demostrando que un estado colonizador pospondrá, o evitará por distintos medios, el desarrollo modernizante (prometido por lo demás en su discurso civilizador) de las sociedades colonizadas. De esta forma, la sujeción está establecida de manera orgánica y cabal.

En materia cultural, los efectos de esta irresponsabilidad técnica resultan patentes. Al no generarse una producción local real, capaz de establecer una conexión entre el territorio y la cultura que estimule la concreción de una identidad nacional, se produce una zozobra social que Glissant denominará “pulsión mimética”.

Esta dislocación entre el espacio habitado y la construcción de imaginarios que debiesen surgir a partir de él dará pábulo para nutrir el deseo de transfigurarse en el sujeto metropolitano. Este goce adquirido por medio de

la aspiración a disolverse en el otro, francés en este caso, es producto de una carencia de referentes propios. No por nada el autor ocupa una categoría con visos patológicos y psicológicos como la de “pulsión”.

Pero, una vez planteada la problemática, hay que proponer posibles soluciones. Glissant decide comenzar por exponer una falsa resolución, encarnada en un “antimimetismo”. Valga decir, en una reacción, que a simple vista y bajo un prisma superficial, podríamos comprender como una antítesis de la pulsión mimética, pero que, en un sentido profundo, permanecería sujeta a las lógicas de atracción gravitante que establece la centralidad metropolitana en el problema, al oponer una esencia negra a la engañosa esencia blanca.

Según el autor, el máximo exponente de este antimimetismo, que plantea una solución provisoria mas no definitiva, lo encarna la negritud. De ahí que la verdadera clave para resolver el conflicto que supone la pulsión mimética sea para Glissant acudir a la puesta en “relación”. Este tercer término se niega a participar de las polarizaciones antagónicas prescritas por los sistemas de pensamiento hegemónicos y decide, en cambio, relacionarse de manera relativa con el mundo, para desde aquel acopio de perspectivas seleccionar los elementos que le sean útiles para edificar nuevas formas de identidad.

Glissant profundizará en los yerros que han buscado, infructuosamente, dotar de sentido y propiedad esta carencia constitutiva del sujeto colonial a la que nos hemos referido. A aquellos gestos exploratorios, y que resultan imprescindibles para continuar ensayando nuevas fórmulas, los denominará “rodeos”. El autor identificará en las figuras de Aimé Césaire y Frantz Fanon dos de las claves para comprender el concepto. El primero acudirá al África en busca de aquella unidad originaria desmembrada por la empresa colonizadora. El segundo adscribirá, física e intelectualmente, a la causa argelina. Para Glissant estos son claros ejemplos de rodeo. Esto porque, comprendidas así, ambas posiciones responden a la imposibilidad de resolver la situación colonial en Martinica, lo que termina por impeler a los autores a practicar movimientos laterales, que vislumbran en un lugar “otro” la dilucidación de los conflictos insulares.

Esa es la razón por la cual Glissant postula que ha llegado el momento de proponer una visión antillana para encarar el debate. Para alcanzar los parámetros que requiere este discurso, el autor sindicará los errores cometidos. De un lado, como ya se ha dicho, será crítico de aquellas perspectivas que cifren en un retorno, simbólico o concreto, al continente africano, las esperanzas

de resolver los estragos producidos en la conciencia y la identidad caribeña por la maquinaria colonial. Del otro están las políticas de asimilación, que ubican la metrópoli como el derrotero unívoco para adquirir la única identidad deseable para el sujeto colonizado: la ciudadanía francesa.

Estos dos espacios, que parecen amenazar el advenimiento de un pensamiento generado a partir de las especificidades del propio territorio caribeño, no son equiparables para el autor. Glissant reconoce que el rodeo constituye una reflexión liminal dentro del desarrollo de una conciencia antillana. Más importante aún, se trata de una solución propuesta por el colonizado. Sin ella, sería imposible haber logrado aquel relativismo respecto de la determinación de origen que propone la relación. Sin África, el camino hubiese estado llano y sin escollos para la asimilación francesa.

LENGUAJE, *CRÉOLE* Y RODEO

En Martinica existe una notoria diglosia entre el *créole* y la lengua francesa. Para Glissant esto se produce como una consecuencia directa de la irresponsabilidad técnica en que se encuentra sumida la sociedad. Su argumento tiene ribetes materialistas y lo obtiene por contraste.

Para el autor, el *créole* haitiano logra institucionalizarse porque es una lengua que está acompañada por procesos productivos, es más, es el idioma en que se transan los negocios. Es decir, es la herramienta de comunicación de un sistema relativamente autónomo de producción. Por otro lado, nos señala que, donde preexista una cultura ante el asalto del dominio colonial de *lo mismo* (entendido este concepto en sintonía con aquellos que denominan al ser occidental), como es el caso de Argelia, resulta mucho más expedito llegar a establecer criterios de unidad nacional donde el multilingüismo ya no signifique un factor alienante. De igual modo, aunque no hubiese esta cultura preexistente, sería posible instaurar sistemas de producción propios, tal como lo demuestra Cuba. En este caso, dice Glissant, “el monolingüismo no resulta reductor” (231).

Multilingüismo y monolingüismo no constituyen para el autor términos que signifiquen ni reducción ni dispersión. Esto último siempre y cuando exista una autonomía económica y cultural, desde la cual alambicar la o las lenguas que inciden en las sociedades poscoloniales a favor de su espacio

específico. En otras palabras, que no exista perjuicio ni obstáculo para que puedan desarrollarse con total libertad las fuerzas creadoras y creativas de un pueblo.

Es sumamente interesante que esta reflexión se dé, en primer lugar, con un marcado énfasis en los aspectos económicos y productivos que deben acompañar la búsqueda y conquista de acervos culturales propios. Y, en segundo lugar, que los puntos de comparación provengan de una atenta observación tanto de las experiencias caribeñas como de las africanas. Esto último da cuenta de una manifiesta voluntad por explorar las articulaciones singulares que han implantado los colonialismos dentro de las Antillas –con particular acento en la dominación francesa por motivos comprensibles–, pero, más importante aún, indagar en las formas con que los distintos pueblos en primera instancia han resistido para, posteriormente, alcanzar su independencia.

De acuerdo con Glissant, el *créole* se encuentra en un estado agónico frente a la poderosa riada de referentes franceses que supone la fase de asimilación. La lengua materna, que es la de la imaginación y el juego, está radicalmente disociada de aquella que ejecuta las tareas que implica el mundo adulto. Eso explica la infantilización que afecta al *créole* durante este período: “Los lingüistas han apuntado que la sintaxis del *créole* tradicional imita naturalmente el lenguaje del niño (por ejemplo, utiliza la repetición: bel bel iche, niño muy hermoso). Una práctica de infantilismo llevada a tal extremo no es inocente” (51). Esta trágica disyunción impide que la creatividad del *créole* pueda nutrir el pragmatismo francés y viceversa. Ambos flujos, fundidos en una sola onda vibrante, determinarían el pulso de una nación martiniqueña dueña de su presente y futuro.

Pese a esta situación, alguna vez esta lengua materna demostró ser el vehículo de una serie de rasgos que configuraron un carisma identitario latente. Ahí de nuevo el rodeo se expresó como una característica emanada desde una incipiente conciencia vernácula. Frente al lenguaje metropolitano utilizado como herramienta asertiva de dominación, el martiniqueño oponía un *créole* elusivo, acumulativo y hermético. Es decir, una forma de rodeo. Dice Glissant que el “*créole* organiza la frase en ráfagas” (263) y que “encontramos [en él] la misma entrecortadura del ritmo del tambor” (264). Es, según el autor, un lenguaje acompasado, por tanto, intrínsecamente poético, ajeno a los rígidos daderos del sentido colonial, marcado por los ramalazos de una respiración cimarrona que resulta inasequible al amo.

Podemos observar cómo aquí ya se comienza a desarrollar aquella noción que cartografía las antípodas entre oralidad y escritura. Aunque hay que reconocer que el nivel de abstracción cuasietéreo que alcanza esta disputa en la obra posterior de Glissant acá se encuentra anclado a dinámicas de resistencia concretas.

Por último, es preciso agregar que para el autor este rodeo confirma una voluntad inconsciente de desobediencia, que debiese superarse mediante una acción colectiva de subversión del orden colonial. Estos elementos psicológicos son los que revisaremos a continuación.

PSIQUIS Y FAMILIA: CORTOCIRCUITOS LIMINALES

Comencemos por la estructura familiar. Glissant analiza las dinámicas que se han anquilosado en el inconsciente desde el período esclavista. Para el autor, el sistema impuesto por el imperio en sus dominios insulares era opuesto a aquellos valores heredados de la tradición africana. Esto provocó una fricción entre las formas metropolitanas de concebir la familia y las que acontecieron dentro de la sociedad martiniqueña. Pero, más allá de aquel choque cultural, también es posible interpretar esta cisura como una resistencia a aquella imposición colonial, llegando a constituir una práctica común de rebeldía.

Se produjo, de esta forma, una deserción del orden familiar occidental donde el hombre no oficia más como figura tutelar. La consecuencia de esta fractura establece una disolución del esquema patriarcal y deja a la mujer como la única responsable de la prole martiniqueña.

Para Glissant, esto además genera un vínculo simbólico entre la madre y el continente africano. No obstante, bajo este recurso que busca establecer imponderables correspondencias entre imaginarios, está la insistente declaración del autor acerca de que la mujer es la figura mediante la cual se preserva, prevalece y persevera un sentido criollo. Su papel preponderante en el espacio doméstico, que se manifiesta a través de la presencia de las “hermanas mayores, tías, madrinas y abuelas” (131), se ve nutrido por su destacado rol en el mundo laboral, donde se desempeñaban principalmente como vendedoras.

Al igual que otras actividades del diario vivir, la vida sexual también sufre con el peso de las cadenas mentales que han lacerado la psiquis del colonizado.

Desde el punto de vista de Glissant, la familia en Martinica adquiere la forma de una antifamilia (130). El principal motivo de este quiebre radica en que el matrimonio está planificado dentro de los mecanismos de usufructo colonial, y es en razón de ese precepto que se encuentra concertado por y para el beneficio del amo. De modo similar, las relaciones sexuales están determinadas por esa misma lógica utilitaria. La procreación se convierte entonces en el rédito del colonizador.

Se produce, así, un *cortocircuito* entre la apetencia del goce y la consecución del placer; ambos estados se encuentran totalmente disociados. Con esto Glissant quiere expresar los basamentos de una orgánica colonial que está empotrada en las arterias abisales del sujeto colonizado. No existe nada que sea concebido por él y para él, ni siquiera la relación sexual. El autor indica cómo el tiempo del goce y del provecho le pertenece al amo (316). Esa mirada persecutoria y acechante bajo la cual los esclavos realizan el acto sexual determina una práctica basada en la urgencia y la clandestinidad. Su imposibilidad de experimentar de forma libre y plena la voluptuosidad con total libertad responde a la dramática comprensión de sus propios cuerpos como uno más de los instrumentos que forman parte del aparato de extracción colonial.

Con esto sin duda el autor intenta ensayar una especie de arqueología de la irresponsabilidad técnica. Esta preocupación por la particular morfología psicológica del colonizado posee evidentes confluencias con la obra de, por ejemplo, Albert Memmi, pero sobre todo con *Piel negra, máscaras blancas* escrita por su coterráneo Frantz Fanon. En cierto episodio de *El discurso antillano*, por ejemplo, Glissant observa cómo los niños martiniqueños consumen revistas ilustradas sobre superhéroes cuyas habilidades sobrehumanas son obtenidas a través de incidentes tecnológicos (pensemos en Iron Man, el Hombre Araña o Hulk). Esto en el contexto insular, en el cual tanto la tecnología como la producción se encuentran absolutamente ausentes, provocará una obsesión fantástica por lo foráneo. Por tanto, el autor nos señala que el niño no puede fantasear participando, sino únicamente aceptando aquellos prodigios de la ciencia que percibe del todo ajenos a su realidad (123-124).

Salta a la vista cómo se establece aquí un productivo diálogo con las reflexiones hechas por Fanon. En especial con aquella que indagaba en los efectos de la lectura de las tiras cómicas hechas por los infantes caribeños. Estas los impulsaban a entablar procesos de identificación positiva con los personajes protagónicos, pintados invariablemente de colores claros,

emulando la tez blanca del colonizador y, por contraste, los hacía repudiar a los antagonicos, siempre coloreados con los pigmentos oscuros que refieren a la imagen del colonizado.

Otra de las notables continuidades que se dan entre las perspectivas críticas de Glissant y Fanon es la capacidad de resemantizar los principios de la teoría metropolitana. Uno de los tantos méritos del fallecido autor de *Los condenados de la tierra* y *Piel negra máscaras blancas* consistió en ser capaz de dar sentido espacial y contingencia política a su trabajo. Un buen ejemplo de esto es la impugnación a la explicación falocéntrica freudiana, al decir que, en el sueño de cierto paciente argelino, las constantes apariciones de armas de fuego no correspondían a símbolos fálicos, sino que representaban el asedio militar del colonizador (*Piel negra* 81-89). De la misma forma, Glissant expondrá que, dada la ausencia de referentes paternos sólidos en la estructura familiar martiniqueña, no es posible hablar del complejo de Edipo:

En semejante contexto, sería fútil atribuir los desarreglos surgidos en la población escolar martiniqueña a los efectos del complejo de Edipo. El niño martiniqueño no vive las relaciones parentales como realmente conflictivas [...]. Todo esto hace que el complejo de Edipo debería abordarse aquí con precaución y, en todo caso, con la voluntad de no aplicar a la realidad psíquica del martiniqueño unos estereotipos provenientes de Occidente (133).

Para concluir, es probable que uno de los puntos de mayor relevancia en materia epistémica que posee el pensamiento antillano esté precisamente reflejado en esta veta. Y es que la perspicacia con que se ha logrado deshilvanar el tejido que conforma el complejo panorama de la situación colonial resulta fascinante. No solo porque está dilucidado por sus propios testigos, sino porque ha logrado descifrar la intrincada nervadura que han establecido las hegemonías metropolitanas, examinando el cruce de las hebras materialistas con las del psicoanálisis, logrando así una teoría orgánica que constituye un excepcional *tour de force* en el pensamiento contemporáneo. Su presencia contribuye a las concepciones del mundo actual con una nueva exégesis de la modernidad a partir de otros espacios y desde nuevos enfoques.

HISTORIA Y LITERATURA, EN BUSCA DEL TIEMPO EXPOLIADO

En cierto momento Glissant indica con respecto al concepto anteriormente expuesto que: “Este cortocircuito entre apetencia de goce y provecho del placer es un cortocircuito temporal, ni más ni menos” (317). Esta alusión a la dimensión temporal en la conciencia de los sujetos colonizados es uno de los elementos preponderantes dentro de la reflexión que propone el autor en *El discurso antillano*. En ese sentido, Glissant es severo y taxativo a la hora de sopesar si es que ha existido un desarrollo de algo que pudiésemos nombrar como una percepción del tiempo por parte de los martiniqueños. Una que permitiese vislumbrar una posterior elaboración y proyección dentro de un sentido histórico. La respuesta para el autor es rotunda; estamos en presencia de una *no-historia* (172).

Este aspecto está trabajado de forma aguda y ejemplar por Glissant. En primer lugar, señalará que no existe una historia en Martinica, pues cualquier intento de concebirla como tal se encuentra supeditado a las temporalidades exógenas impuestas por la metrópoli. Para él todos los acontecimientos están ordenados bajo la mirada omnímoda del colonizador, asumida por los propios habitantes de Martinica. Los hechos están dispuestos o por la sucesión de catástrofes naturales –“erupción del volcán Pelée en 1902”– o bien por la intervención de los edictos coloniales en la sociedad martiniqueña –“Víctor Schoelcher³ abole la esclavitud en 1848” (41-42)–.

En otras palabras, se produce un asedio entre las fuerzas naturales y las determinaciones emanadas desde la capital colonial, ambas percibidas subrepticamente como impredecibles, ajenas e inevitables. Estas terminan por elidir la agencia del pueblo en la construcción de sus propias narraciones históricas. En síntesis, existe una fractura expuesta entre el espacio y el tiempo en la conciencia del colonizado.

Ello se suma al hecho de que una memoria histórica caribeña se encuentra obligada a construir su figura mediante los jirones que infringe el colonialismo al espacio insular. Por supuesto, esta imposibilidad de constituirse como

³ Para Glissant la figura de Schoelcher alcanza un estatus patológico en la mentalidad martiniqueña. La manumisión, concedida paternalistamente por la metrópolis, continúa enfatizando la absoluta carencia de voluntad del pueblo. El “schoelcherismo”, como lo denomina Glissant en su obra, refleja la constante búsqueda de un padre colonial (lo mismo ocurre con De Gaulle) que aplaque la profunda orfandad de la sociedad insular.

sujetos históricos el autor la piensa a partir de la imbricación de los términos revisados anteriormente. En ese sentido, esta condición de carencia es, junto con la pulsión mimética y el cortocircuito, uno más de los síntomas que conciernen al padecimiento de la irresponsabilidad técnica.

Esta ausencia de memoria histórica debe recurrir a la creatividad literaria para conseguir imaginar un futuro emancipado, capaz de trascender el aplastante peso de un pasado y presente atados a un cautiverio alienante. O, en las inspiradas palabras de Glissant, se trata de “una visión profética del pasado” (175).

Sin embargo, a pesar de este laborioso propósito de demarcar el trayecto que han de recorrer los pueblos hacia su autonomía, rezuma en las obras de algunos escritores la huella de un *deseo histórico* irresuelto. Para comprobar la pertinencia de su teoría extenderá su enfoque a las que considera las obras clave de una unidad cultural nueva. Un desarrollo más acabado de esta idea se puede observar en *Introducción a una poética de lo diverso* (1995). Ahí expone la necesidad de distinguir tres grandes áreas culturales en “nuestra América”. La primera de ellas, denominada Mesoamérica, corresponde a la de los pueblos originarios; la segunda se encuentra conformada por migraciones europeas y llevaría por nombre Euroamérica; y la tercera, donde incluirá al Caribe, será bautizada como Neoamérica. La característica distintiva de esta última tipificación vendrá dada por el concepto de “criollización”. La clave de esta noción radica en las particularidades del proceso de poblamiento de algunas regiones americanas (las Antillas, pero también Brasil, Venezuela, Colombia, el sur de Estados Unidos, entre otros enclaves).

El autor analiza según esto tres novelas emblemáticas de la región neoamericana. En cada una de ellas reconoce un afán, siempre truncado, por configurar los cimientos de una historia. La primera de ellas es *Absalón Absalón* de William Faulkner⁴. En ella observa una constante búsqueda de una filiación que legitime la primacía de la sociedad norteamericana en el territorio que ha colonizado. No obstante, esta exploración no es la del mito, que redime, resuelve y magnifica el derecho de posesión. Todo lo contrario: es la de la angustiada incertidumbre. La interrogante del autor estadounidense acerca de “por qué razones ‘válidas’ los blancos han exterminado a los indios y esclavizado a los negros, y si pagarán por ello” (200) se ovilla y retuerce dolorosamente en su narrativa. Posteriormente, Glissant analiza *Los pasos*

⁴ Glissant ha escrito un libro dedicado al conspicuo escritor estadounidense titulado *Faulkner Misisipi* (1996).

perdidos de Alejo Carpentier. También ahí comprueba aquella infructuosa persecución de un significado prístino y genésico, a través de la obsesión del protagonista por acceder a un conocimiento puro y primitivo. Por último, revisa *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, para constatar la misma pulsión histórica defraudada, esta vez por medio del relato de la decadente genealogía de los Buendía. No conocer la historia termina por condenar a la descendencia de la familia fundadora de Macondo.

Todas esas obras formarían parte de un mismo deseo histórico latente. En él la historia, como se ha señalado con antelación, se encuentra en permanente tensión con el espacio. La resistencia de este último a ser subsumido por una temporalidad totalizadora y sobredeterminada por los centros de los imperios occidentales es de hecho el preludio de una comprensión orgánica del mundo. Por lo tanto, constituye una fortaleza y no una ausencia que invalide la reflexión. Y, a pesar de que Glissant no lo explicita, su propia obra se encuentra comprometida con esta espacialización epistemológica. Muestra de aquello resulta la perspectiva significativa e innovadora de esta proposición de crear lazos experienciales entre los países de la región a través de sus expresiones literarias. Sobre todo la inclusión del sur de Estados Unidos, mediante la referencia a la obra de Faulkner, autor de influencia indiscutida en las letras latinoamericanas. Esta intención de proponer ciertas coordenadas transversales en el pensamiento americano es, adicionalmente, una necesaria oxigenación de su propia teoría. Glissant logra así bascular desde la especificidad de la situación martiniqueña hacia una dimensión amplia, donde puede dialogar y mancomunar visiones con otros intelectuales apostados en diversos contextos. Sin embargo, esta habilidosa extensión de las problemáticas no pasa por alto que las extrapolaciones deben establecer sus criterios de convergencia antes que todo en el marco territorial del Caribe:

La problemática cultural y literaria en las Antillas anglófonas gira principalmente en torno a semejantes conceptos. El historiador como poeta (con respecto a Brathwaite), el novelista como historiador (con respecto a Naipaul), la historia como proyecto (con respecto a Lamming): la enunciación del tema es permanente. *El encuentro entre las literaturas antillanas (anglófona, francófona, hispanohablante, créole) no proviene de una decisión de los productores de textos: son los efectos todavía solapados de un mismo movimiento histórico, de una misma pertenencia cultural* [el destacado es mío] (171).

Aunque discrepo de que “el encuentro entre las literaturas antillanas” sea el producto de una alineación inconsciente entre los autores –pues todos, en mayor o menor medida, han participado en movimientos que se han constituido deliberadamente como espacios de construcción de sentidos identitarios–, concuerdo plenamente con las sintonías y clasificaciones que expone el autor.

De algún modo, a partir de esta aparentemente inocua discordia con su lectura es posible formular una crítica global a los posicionamientos expuestos por Glissant en *El discurso antillano*. Esto se debe a que la arista más débil de su teoría es aquella que prioriza la carencia como el elemento primordial de análisis en los fenómenos que estudia. Como consecuencia de esto, se obtiene una invariable percepción patológica, rayana en la neurosis, en la que queda un margen exiguo para la iniciativa y la agencia. Se puede decir que esta premisa opera en el concepto de deseo histórico recién presentado, pero también en la mayoría de los términos expuestos acá: irresponsabilidad técnica, pulsión mimética y cortocircuito. En determinado momento Glissant es consciente de esta tendencia y señala: “No se trata aquí de ningún pesimismo, sino de la última reserva de quien escribe y quiere luchar en su propio terreno” (223). Y si por un momento aceptásemos que este tipo de categorización algo endémica pueda ser atribuible a la transida situación martiniqueña, el error radicaría en trasladar aquella fórmula interpretativa primero a todo el Caribe y posteriormente a América.

Su excesivo énfasis en la fractura constitutiva y supurante de la conciencia americana corre el riesgo de invisibilizar prácticas de resistencia y subversión. No obstante, no se trata de una omisión accidental, sino de una decisión premeditada y consonante con la línea teórica que busca establecer. Recordemos que para él cualquier esfuerzo por rebelarse contra el pensamiento occidental que persista en ocupar las mismas premisas que ataca constituye un rodeo. Este es un juicio inscrito claramente dentro de las pugnas modernas/posmodernas desde las que escribe el autor y que pasa por alto los prodigios de la resemantización (a las que él mismo ha echado mano por lo demás). Un claro ejemplo de aquello es la opinión que desliza Glissant acerca de Fanon:

El ejemplo más significativo de Rodeo sigue siendo el de Frantz Fanon. Inmenso y entusiasmante Rodeo [...]. Para un antillano es difícil ser el hermano, el amigo, o simplemente el compatriota de Fanon. Porque él es el único de todos los intelectuales antillanos

francófonos que realmente pasó al acto, mediante su adhesión a la causa argelina [...]. Queda claro que, aquí, pasar al acto no significa sólo luchar, reivindicar, desplegar el verbo contestatario, sino asumir totalmente el corte radical. *El corte radical es la punta extrema del Rodeo* [el destacado es mío] (56).

Astutamente, esta lectura nos fuerza a transitar por los senderos difusos de la *relación*. Es paradójico, aunque conveniente, que esta crítica que comenzó a partir de la declaración de una “estructuración inconsciente” al interior del pensamiento antillano hecha por Glissant termine demostrando el total dominio sobre su línea teórica. Esto porque si para el autor el resto de los intelectuales se dan de cabezazos contra los muros del laberinto del *rodeo*, presas de un deseo oculto y transversal, pero no elaborado aún, su propia y calculada planificación conceptual lo convierte en la figura señera que descubre el hilo de Ariadna que le permitirá escapar de la trampa. En otras palabras, el extravío que dice ver en todos los autores que señala funciona, solapadamente, como su propio y excepcional sentido de la orientación.

SOBRE EL PAPEL DEL ESCRITOR

Para terminar, otro aspecto de suma importancia en esta obra es el rol relevante que Glissant asigna al escritor dentro de la construcción de sentidos históricos:

Como la memoria histórica ha quedado con demasiada frecuencia tachada, el escritor antillano debe “hurgar” en esta memoria, a partir de las huellas a veces latentes que ha percibido en la realidad [...]. Como el tiempo antillano fue estabilizado en la nada de una no-historia impuesta, el escritor debe contribuir a reestablecer su cronología tormentosa, es decir, a develar la fecunda vivacidad de una dialéctica reactivada entre naturaleza y culturas antillanas [...]. Esta implicación “literaria” es la que orienta la claridad de la reflexión histórica, de la cual ninguno de nosotros puede pretender estar a salvo (176).

Lo que *El discurso antillano* traza en este sentido es la responsabilidad intelectual emplazada, según creo, para mitigar los embates de la irresponsabilidad

técnica. La figura del escritor se encuentra aquí exhortada a inventar los tiempos y los plazos que propicien el advenimiento de la emancipación⁵.

RESPONSABILIDAD Y OPACIDAD

Bajo mi punto de vista, existe un abismo insondable tendido entre el concepto de irresponsabilidad técnica con que Glissant diagnostica perspicazmente la condición martiniqueña, y los de relación, opacidad, y todas aquellas articulaciones que conforman su nomenclatura teórica, cuyo objetivo es contrarrestar los efectos de la asimilación. Esto sucede porque estas últimas se encuentran concebidas, subrepticamente, a partir de una lógica procesual, donde el advenimiento de la relación sucede a la época del sistema de pensamientos (y el pensamiento de sistema) occidental y, por tanto, se supera históricamente el período del colonialismo y con él la amenazante presencia de la asimilación:

Así como lo Mismo se apagará en las vivacidades sorprendentes de lo Diverso, así también la escritura quedará enclaustrada en el universo cerrado y sagrado del signo literario [...] la relación de un pueblo con otro en lo Diverso, lo que este pueblo aporta a la totalización. En su función analítica y política, que va acompañada de su propio cuestionamiento [el destacado es mío] (230).

Existe así una ostensible contradicción en este razonamiento, pues la suposición de un cambio histórico radical vuelve a posicionar a los martiniqueños como meros espectadores, reforzando su endémica *irresponsabilidad*.

Ahora bien, supongamos que la asimilación y la relación sean fenómenos que se den simultáneamente. Sabemos que uno corresponde a una práctica concreta, instituida por los aparatos estatales franceses a partir de la departamentalización, mientras la otra forma parte de una propuesta, una voluntad diríase, elucubrada por un miembro de la élite intelectual. ¿Esto quiere decir que ante el poder desplegado por la metrópoli o las multinacionales que comienzan a ocupar el territorio insular la estrategia sugerida es comprender esta presencia invasora de una forma opaca?

⁵ Es probable que la mayor aficción que ha padecido la teoría contemporánea es escindir drásticamente la emancipación epistemológica de la material.

La respuesta es simple: ocurre que tanto la asimilación como la relación no se encuentran concebidas de manera antagónica. Sus acciones están desfasadas. Si de un lado el primer término parece avanzar en una trepidante carrera ofensiva, el segundo parece escapar hacia un nirvana donde la presencia del “otro” no la contamine ni disturbe. Si bien es cierto casi al final de *El discurso antillano* Glissant percibe esta indeterminación paralizante del texto y señala:

El mundo está devastado, pueblos completos mueren de hambre o por exterminio, se perfeccionan técnicas insólitas para el dominio o la muerte: la poética de la Relación debe dar cuenta de estas evidencias cotidianas. Asimismo, no se puede insertar esta sensibilidad nueva en un marco de neutralidad, en que los escollos políticos se desgastarían singularmente, y en el que nadie se atrevería a hablar de lucha de clases sino veladamente y en voz baja (449).

Esta notable inserción del ámbito político, y en particular de la lucha de clases, cuya dinámica consiste en el enfrentamiento entre sectores sociales que poseen identidades demarcadas por la conjunción de elementos económicos, culturales y, en síntesis, ideológicos, se encuentra reñida con otros momentos en que Glissant intenta explicar ciertos aspectos de su teoría:

La opacidad, como valor que debe oponerse a todo intento pseudohumanista de reducir a los hombres a escala de un modelo universal. La bienaventurada opacidad, en la cual se me escapa lo otro, obligándome a estar pendiente de siempre ir a su encuentro (306).

Esto quiere decir que la Relación y el tiempo no podrían conjugarse, para nosotros, en el pensamiento del Uno, ni expresarse con su poética. Porque la poética de la Relación se da en una labranza de evidencias cuya fuerza es la conjunción, y en un campo de inadvertencias del que somos el fondo revuelto [...] *la Relación es sólo y siempre relevo* [el destacado es mío] (283).

A mi entender, la *relación* de la que habla mayoritariamente Glissant, salvo en aquel fragmento en el que aborda de forma somera la inserción del concepto en el mundo, supone un contacto no jerarquizado con el otro metropolitano. No obstante, una relación que estuviese constantemente interpelada por el mundo y sus tramas de poder de ninguna manera podría prescindir de una perspectiva jerárquica. De ahí la necesidad que observan intelectuales antillanos, como Patrick Chamoiseau en su novela *Texaco* (1992),

de practicar relevos antagónicos frente a los nuevos lineamientos que dicta la hegemonía colonial. Para esto parece necesario reformular en términos políticos el dinamismo propio del concepto de relación. De tal forma que la imparcialidad que reduce al otro imperial a una esencia inmóvil se refutase reconociendo la capacidad de acción y reacomodo que las estructuras de dominación poseen. La entrada en “relación” a partir de un examen con ese otro colonial ya no puede concebirse como neutra u “opaca”, sino como antagónica, exhaustiva y estratégica.

Otra explicación que se me ocurre para comprender este patente desvenaje entre diagnóstico y resolución al interior de la teoría de Glissant es que en ocasiones ocupa una lógica que columbra el debate multicultural. Su veta finisecular, en ese sentido, ayuda a entender de qué forma percibe los cambios sociales que impulsa el capitalismo tardío, sobre todo durante la década de los noventa, posterior a la caída del Muro.

Es probablemente a través de la recepción de su propia obra en el mundo, acompañada de la explosiva apertura económica a los mercados mundiales, que Glissant interprete la globalización de un modo auspicioso. Un nuevo orden donde se lograrán desarrollar criterios democráticos y universales. Entrada la primera década del siglo XXI, no podemos sino discrepar ante esa lectura.

Por último, es necesario mencionar que el Glissant de *El discurso antillano* es un formidable exégeta, tanto de las temáticas que examina como también de su propia línea argumental. Por eso es que el pronunciado resquicio que separa su preocupación política de sus disquisiciones teóricas o, en otras palabras, la zanja que interrumpe la continuidad entre la irresponsabilidad técnica y la relación, de tinte más cultural, está enunciada reiteradas veces en su obra:

Hay que dominar la palabra. Pero este dominio será frágil si no se inserta en un acto colectivo resolutorio, un acto político [...] (307).

No basta empeñarse en hablar o escribir créole para salvar esa lengua. Hay que reconstruir las condiciones de producción, disparando así los factores de responsabilidad global y técnica del martiniqueño en su país, para que la lengua se desarrolle verdaderamente. Dicho de otra manera, toda etnopoética, en uno u otro momento, se confronta con lo político (273).

Aquí, toda acción cultural debe abrir la vía a la acción política, la única capaz de realizar esta unión de los focos de resistencia, implícitos o

declarados. La acción política será capaz de operar en unión sólo a partir de los análisis agrupados en una teoría de esta realidad (448).

Esta revancha del derecho no puede ocultar la brecha creciente que, de hecho, discrimina a países ricos y países pobres. Toda teoría acerca de ese paso de lo Mismo a lo Diverso, de lo escrito a lo oral, resultaría ingenua si ocultara, por poco que fuera, el aterrador poder de la alienación y de dominio aplicado por los países ricos y su emanación final: las multinacionales. Es tonto decirlo; sería aún más tonto olvidarlo (22).

A pesar de que en la última cita rezuma la preocupación casi como un recordatorio ineludible, su carácter permanece tangencial dentro del desarrollo teórico del autor (una tendencia que se afianzará considerablemente en la obra posterior de Glissant). De esta manera, el problema de la dimensión política y su papel como guía, o incluso como horizonte de los oficios que conciernen a la relación, es planteado, pero no resuelto. La persistente ausencia del “cómo” es el fantasma que arrastra sus cadenas en los pasillos atestados de nomenclaturas en la obra del autor. Esta hipótesis se ve reforzada si analizamos ciertos pasajes en el texto donde, ante la intempestiva presencia de la problemática, se revela la incapacidad para encararla:

Está claro que así aumentan el no-dominio de lo cotidiano, la irresponsabilidad técnica y la mentalidad de los vencidos (e incluso es una verdadera situación de emergencia la que se ha creado); que esto sólo se superará verdaderamente en cuanto la clase de los obreros agrícolas como clase (la única que “corresponde” a una función) se sienta concernida por el problema y pueda conocerlo para resolverlo [...]. ¿Y cuáles pueden ser las vías de tal acción? Ésta es una problemática más precisamente política, y no ha sido mi propósito aportar aquí una respuesta programada [el destacado es mío] (154).

Si obviamos los aspectos fundamentales de este paso de lo Mismo a lo Diverso que son la lucha política, la supervivencia económica, si no contabilizan los episodios centrales [...] y si nos limitamos a una vista global, nos damos cuenta de que lo Mismo, imaginario de Occidente, ha logrado tal enriquecimiento progresivo, tal establecimiento armónico en el mundo, que –casi sin tener que confesarse– ha logrado “pasar” de la idea platónica a la nave espacial [el destacado es mío] (227).

No creo equivocarme si afirmo que aquel “obviar los aspectos fundamentales” en el tránsito de lo mismo a lo diverso no es una mera apostilla circunstancial,

sino que constituye el aspecto nodal de esta dicotomía al interior del pensamiento de Glissant. Se trata, sin embargo, de una contradicción productiva, pues se encuentra permanentemente explicitada. Una y otra vez, el autor la exhibe, del mismo modo en que el ilusionista intenta convencer al espectador de que su acto no consiste en un truco, sino que en magia genuina. De cierta forma, esta infranqueable distancia entre el diagnóstico y la resolución, siempre consciente de su propia formulación limitante, es el principio bajo el cual es posible estructurar la teoría de la relación.

En otras palabras, las categorías que elucubra Glissant se caracterizan por desarrollar perspectivas de antítesis no antagónicas. Estas son incapaces de movilizar una síntesis que establezca algo así como una lucha permanente e histórica contra las fuerzas coloniales.

Por último, cuando en determinado momento el autor señala en *El discurso antillano* que “[t]oda colectividad que sienta la rígida imposibilidad de *dominar su entorno* es una colectividad amenazada” [el destacado es mío] (304), habría que preguntarse: ¿de qué otra forma se domina si no es por medio de una identidad que posee, o se posiciona al menos, mediante la representación de un Ser, que determina su espacio como propio? ¿Será posible alcanzar la emancipación adquiriendo una *opacidad* identitaria, cada vez más “relativa” y difusa, como la que propone el autor? Y es que si, en palabras de él, “[e]l hombre no emprende (no puede hacerlo) la transformación de su paisaje. Ni siquiera tiene la posibilidad de cantar su belleza, que quizás le parezca una irrisión” (272), no habrá que, en lugar de ensayar intrincadas fórmulas de abrogar el Ser occidental, buscar formas estratégicas de posicionarse frente a él, para disputarle su primacía económica, cultural, epistémica. Ya de una vez y para siempre conscientes de nuestra no esencia, elucidar un Ser que disminuya su articulación excluyente, pero que entienda su entorno como algo propio, no ya como objeto, sino como parte orgánica de su constitución como sujeto.

EPÍLOGO: A PARTIR DE LA RECEPCIÓN

Para concluir este artículo, me parece importante pergeñar de qué manera ha sido recibida y proyectada su visión teórica dentro de algunas corrientes de pensamiento contemporáneo. En particular, cuáles han sido los vectores

que han predominado en un tipo de lectura que parece obliterar *El discurso antillano* de la recepción de su trabajo. Quisiera acotar este ejercicio al breve análisis de dos académicos contemporáneos.

En primer lugar, está la mención que hace de Glissant el académico alemán Siegfried Zielinski en su texto *Genealogía, visión, escucha y comunicación* y a continuación los elementos que rescata Walter Mignolo en su artículo “La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad”:

Glissant opta por la capacidad potencial de una “poesía de las relaciones”. Para él, la magia y la poesía son inherentemente similares entre sí y son extensiones de la creolización y la herejía (Zielinski 82).

Empleo el concepto de “imaginario” en el sentido en que lo usa el intelectual y escritor martiniqués, Edouard Glissant (1996). Para Glissant “el imaginario” es la construcción simbólica mediante la cual una comunidad (racial, nacional, imperial, sexual, etc.) se define a sí misma. En Glissant, el término no tiene ni la acepción común de una imagen mental, ni tampoco el sentido más técnico que tiene en el discurso analítico contemporáneo, en el cual el Imaginario forma una estructura de diferenciación con lo Simbólico y lo Real (Mignolo 55).

En la primera cita, podemos ver cómo el ámbito relevante que aflora a la hora de evocar la obra de Glissant recae en sus posiciones epistémicas ligadas a posiciones posmodernas. Magia y herejía son concebidas como las antítesis de la razón. Esta última comprendida como un elemento quintaesenciado, a partir del cual se revela una incapacidad de dirimir su expresión instrumental de sus fuerzas emancipadoras. De manera similar, el segundo extracto también incurre en una inclinación por la dimensión relativa y negativa de los conceptos del autor martiniqueño. Lo “imaginario”, impredecible y caótico, parece haberse convertido en la acepción obligada de su acervo teórico.

Llama la atención la forma en que se eliden las reflexiones referentes al espacio antillano, sobre todo aquellas que pudiesen extrapolarse a experiencias similares de dominación. Me refiero a las preocupaciones políticas por el futuro de sociedades amenazadas por lo que Glissant define como la asimilación. Junto con este escamoteo, desaparecen también los problemas y desafíos que deja la necesidad de reconceptualizar una lucha de clases que logre invocar

criterios de convergencia entre sectores sociales fragmentados por las lógicas coloniales. Ni qué decir de ensayar las cartografías hegemónicas que ha trazado la expansión económica transnacional. Incluso la planificación de nuevas estrategias para conseguir impulsar la producción industrial en nuestros países. Todas ideas que rezumaban a cada tanto en *El discurso antillano*.

Una ausencia que incluso permea las disquisiciones sobre aquellas materias de índole más cultural, pero no por eso menos políticas. Como por ejemplo los efectos ideológicos de la industria cultural metropolitana en la psiquis del colonizado (o el neocolonizado). Lo mismo ocurre con las consecuencias sociales e históricas que aquellas mistificaciones alienantes masifican y, en contraste, las dinámicas subversivas elaboradas a partir de las resemantizaciones de aquellas estructuras impuestas. Todos ellos temas en los que Glissant se detuvo con extrema suspicacia en su libro. ¿O es que acaso aquellas prácticas de manipulación y adoctrinamiento han desaparecido completamente? El filón más político del pensamiento de Glissant leído hoy parece decir lo contrario. Su obra más ambiciosa y fascinante da fe de ello.

BIBLIOGRAFÍA

CÉSAIRE, AIMÉ. *Discurso sobre el colonialismo*. Traducción de Mara Viveros Vigoya. Madrid, Akal, 2006.

CHAMOISEAU, PATRICK. *Texaco*. Traducción de Emma Calatayud. Barcelona, Anagrama, 1994.

FANON, FRANTZ. *Piel negra, máscaras blancas*. Traducción de Ángel Abad. Madrid, Akal, 2009.

_____. *Los condenados de la tierra*. México DF, Fondo de Cultura Económica, 1969.

GLISSANT, EDOUARD. “El lenguaje-nación y la poética de acriollamiento. Una conversación entre Kamau Brathwaite y Édouard Glissant”. *Literatura y Lingüística*, N°19, 2008, pp. 311-329.

_____. *El discurso antillano*. Traducción de Aura Marina y Amelia Hernández. Caracas, Monte Ávila Editores, 2005.

_____. *Faulkner, Mississippi*. Traducción de Matilde París. México DF, Fondo de Cultura Económica, 2002.

_____ *Introducción a una poética de lo diverso*. Traducción de Luis Cayo Pérez. Barcelona, Bonce, 2002.

_____ “Marcas”. *Literatura Francófona: II. América*. Compilación y traducción de Laura López Morales. México DF, Fondo de Cultura Económica, 1996, pp.122-128.

_____ *Sol de la conciencia*. Traducción de María Teresa Gallego Urrutia. Barcelona, El Cobre, 2004.

_____ *Tratado del todo-mundo*. Traducción de María Teresa Gallego Urrutia. Barcelona, El Cobre, 2006.

MIGNOLO, WALTER. “La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad”. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, Edgardo Lander, compilador, Buenos Aires, CLACSO, 2000, pp. 55-86.

ZIELINSKI, SIEGFRIED. *Genealogía, visión, escucha y comunicación*. Bogotá, Ediciones Uniandes, 2007.

Recepción: 11.10.2017

Aceptación: 30.11.2017